

exigia, pues la residencia del comandante en jefe tenia que ser supuesto el lugar de recepcion para los funcionarios civiles y militares.

El duque de Dantzick (el detestable general Lefebvre) entró entónces al Tirol para ocuparlo y conservarlo en nombre del príncipe de Baviera. Al presenciar esta invasion, muchos de los tiroleses volvieron á considerar como perdida la causa de la libertad, y se retiraron del teatro de la contienda. Hasta el valiente Hormayr, que tanto tiempo habia combatido por su patria, sintió tan profundamente su desgraciado estado, que con unos cuantos de sus amigos acompañó á las tropas austríacas, cuando evacuaron el Tirol, conforme al tratado.

Ántes de marchar, hizo los mayores esfuerzos para persuadir á Hofer no solo de que abandonara su proyecto de continuar una guerra tan sin esperanza, sino de que lo acompañara en su retiro. Estos esfuerzos no dieron resultado alguno. No daba mas respuesta que "Hofer habia

jurado vivir y morir con su patria, y que habia de cumplir su juramento."

Hofer se retiró entónces á su aldea. Que el motivo que allí lo llevó estaba relacionado con sus deberes públicos, está incontestablemente probado por el dato que se ha dado á luz de que miéntras estuvo en Passeyr, Lefebvre le intimó que se presentara en Innsbruck el 11 de Agosto; y el valiente caudillo contestó "Me presentaré, pero al frente de diez mil hombres."

¿Se affigiria ó se alegraria Constanza al volver á ver á su marido? ¿serian dulces ó amargas las lágrimas que derramó sobre su pecho? Seguramente el placer seria mayor que el dolor, porque lo veia seguro, hõnrado y fiel. El niño contempló con delicia la pluma del sombrero, la guarnicion del sable y las pocas insignias de rango que adornaban á su padre. Se sonrió recreándose en los homenages de respeto que tributaban á su querido jefe las tropas que lo acompañaban, acaso por vez primera sintió ger-

minar en su pecho el amor á la pompa y al poder. El anciano estrechó ansioso y conmovido la mano del libertador de su patria. Su pecho experimentaba el gozo mas puro y exquisito al ver que ese libertador era su hijo. Su esposa colgándose de su cuello, su hijo mirándolo como para recoger la inspiracion de su espíritu, mientras con pueril ansiedad procuraba manejar su espada, su padre estrechándole la mano, y Hofer en medio de ellos debió gozar de esos momentos de concentrada delicia que valen por años de felicidad.

Solo unos cuantos dias pudo Hofer permanecer en Paseyr, poco tiempo necesitaba en efecto para hacer lo que deseaba, pues luego que se supo su llegada se organizaron completamente sus tropas. Otra vez volvió á aparecer al frente de miles de hombres armados y dipuestos á marchar. Constanza le rogó que le permitiera acompañarlo: "Otras mujeres lo han hecho", le decia, ¿por qué no he de hacerlo yo?"—"¿Y mi an-

ciano padre, y nuestros tiernos hijos?" le contestó Hofer. Constanza soltó el brazo de su esposo, la rodearon el anciano y los niños; ella se cubrió los ojos con la mano y Hofer partió.

Apénas hubo el héroe montañes atravesado con sus tropas los pedregosos desfiladeros que defendian su valle natal, cuando desde las alturas que dominan los pantanos de Sterzing, vió avanzar al enemigo en formidable número. Lefebvre no perdió tiempo en atacar á los patriotas. Tres veces los acometió y otras tantas fué rechazado con grandes pérdidas. Diez mil de sus soldados quedaron muertos, mil quinientos fueron hechos prisioneros, y perdió ocho piezas de artillería. Despues de cuatro encuentros en que le tocó la peor parte, tuvo que retirarse rumbo á Sterzing. Hofer lo persiguió y lo atacó en los pantanos, y despues de sufrir inmensas pérdidas, Lefebvre fué rechazado hasta Innsbruck, entre cuyos muros se refugió el 11 de agosto, el mismo dia en que habia prevenido á Hofer se presentara en

Innsbruck. En todo el valle se supo y se celebró la nueva salida de Hofer de Paseyr. Su presencia inspiró á los patriotas nuevo valor, su ejército crecía cada dia en número y en entusiasmo. El nombre de Hofer bastaba para levantar á los que aun vacilaban, y este triunfo que señaló el principio de la guerra, confirmó las mas ardientes esperanzas en la victoria.

Así sin ser auxiliados por el Austria, los tirolesees rápidamente fueron arrojando de su tierra al enemigo, y no cabe duda en que tan esforzados patriotas hubieran recobrado su país de los crueles invasores y lo hubieran mantenido independiente, si hubieran estado libres de su sujecion al Emperador.

Hofer cada dia era mas amado y se le consideraba como causa de todos los triunfos. La siguiente victoria que alcanzó, por siempre memorable en los fastos del Tirol, hizo que lo considerasen casi como una divinidad, y la famosa batalla de Hofer del 12 de agosto, se refiere to-

davía hoy en aquel país, con un grado de exaltacion no fácil de describir.

Preparado para la próxima contienda, Hofer habia dictado las disposiciones previas á la batalla, con mas precauciones de las que acostumbraba, aunque era siempre bastante previsor. Los tirolesees estaban apostados en la montaña de Isel, teatro de una victoria en la anterior primavera. Hofer, agitado por sus esfuerzos, descansó aquella noche; y cuando Haspinger, uno de sus fieles compañeros, fué á recibir sus órdenes al despuntar el alba, encontró al guerrero, hacia poco tan activo y ardoroso en el mando, y que en breve tendria que emplear toda su energía en el combate, durmiendo con la tranquilidad de un niño inocente! Para despertarlo bastó una palabra á media voz. Los ojos que acababan de estar dulcemente cerrados, brillaron llenos de entusiasmo. Las facciones que habian estado en pacífico reposo relucian fuertes y animadas, la suave respiracion que apenas movia el hierro

que lo cubria, era ya vigorosa y revelaba la mas viva ansiedad. El hombre cansado habia dormido—el valiente soldado estaba ya despierto.

Los dos amigos se arrodillaron y oraron fervientemente; cumplido este sagrado deber, Haspinger se apresuró á comunicar á todos los oficiales las últimas órdenes de su jefe. Á las seis de la mañana una descarga anunció que comenzaba la sangrienta empresa. Hofer mandaba en persona. Tomemos del historiador la narracion de aquella sangrienta jornada: “Los tirolesees estaban apostados en las alturas que dominan el camino, en el que el enemigo parecia ansioso de prepararse una segura retirada mas bien que de aventurar una batalla: el rio Inn, que allí es impetuoso torrente, corre á lo largo de la escabrosa hondonada de aquella cañada. Hofer habia preparado piedras y troncos de árboles que habian de arrojarse al paso del enemigo. Dejaron pasar á la guardia avanzada sin hacerle daño, pero la hicieron prisionera luego que pasó del desfi-

ladadero. Trabóse una ligera escaramuza entre pequeños cuerpos de una y otra parte. Un anciano de ochenta años ocupó su puesto, apoyando la espalda contra una roca, y á cada tiro derribaba á un enemigo del Tirol. Algunos bávaros treparon por la roca y lo atacaron por detras. Viendo ya que su vida tocaba á su fin, resolvió terminarla como verdadero héroe; lanzando, pues, un terrible grito, con su último tiro tendió muerto á sus piés al mas atrevido de los asaltantes, y despues asiendo firmemente con su nervudo brazo al mas inmediato, se precipitó con él al precipicio, exclamando: “¡Por mi patria!”

El principal cuerpo de ejército avanzó rápidamente al desfiladero, cuando arriba se oyó una voz que decia: “¡Disparo el golpe?” “No, no,” contestó otra voz desde una eminencia inmediata. Alarmados los bávaros, no viendo ningun ser humano, inspirándoles terror las portentosas palabras que parecian venir de espíritus del aire ó de demonios de la caverna, mandaron á

toda prisa informar á su general del estupendo misterio. Pero él y su retaguardia estaban ya en el desfiladero; retroceder era imposible, locura detenerse—todos marcharon hácia adelante. Una vez mas fué interrumpido el silencio de los asaltantes, aterrados por espantosos sonidos. “¡Por el Tirol!” fueron las sencillas, pero terribles palabras que resonaron en el aire. “¡Sí, por el Tirol dispara!” contestó otra voz, Por un momento todo quedó en una calma mortal: los enemigos se veían unos á otros pálidos y desconcertados. Un momento despues siguió al silencio un estruendo destructor. De las orillas del precipicio se desprendieron rocas, piedras, árboles y cayeron con terrible fuerza sobre el enemigo. Detras de cada peña y de cada arbus-to aparecia un tirolés armado. Aquello fué un destroz, no una batalla; una destruccion, no un combate. Hasta los niños de ámbos sexos ayudaron á aniquilar al enemigo en el desfiladero. Cayeron prisioneros á centenares, fueron

matados á millares. Cuando fué completa la victoria, los montañeses se arrodillaron y dieron gracias al Dispensador de todos los bienes por la emancipacion de su patria. Tan terrible, tan súbita fué la obra de la destruccion que los prisioneros salvados tomaron parte en la accion de gracias!

Hofer despues de esta victoria siguió en sus continuas é incansables esfuerzos. El 15 de agosto hizo su entrada trinufal en Innsbruck, habiendo salvado por TERCERA VEZ á su patria, del despotismo tan justamente detestado de Baviera. Llegó en feliz momento para salvar á la capital de un saqueo general. El pueblo, considerando probablemente como desesperada la causa de la independenciam, estaba á punto de echarse sobre cuanto tenia algun valor. Solo la presencia de Hofer pudo evitar estas depredaciones. La victoria que acababa de obtener, al reanimar las esperanzas populares, aumentaba el ascendiente de su influencia. Donde quiera que se presentaba,

cesaba el despojo; donde quiera que hablaba, sus órdenes eran obedecidas. Su recto corazón en ningunas circunstancias podía soportar actos de rapiña—este atentado le era mucho más sensible, cometido por sus amados tirolese, por los tirolese, á quienes deseaba ver exentos de todo crimen y de toda mancha. Inmediatamente expidió órdenes perentorias para que nada se quitase á amigos ni á enemigos, y para que todo lo que hubiese sido tomado se devolviese dentro de ocho días: las penas más severas á los desobedientes. Ejecutado este acto imperioso de justicia, Hofer volvió á establecer su residencia en el palacio imperial. En uno de sus primeros edictos dispuso que hubiese solemne acción de gracias por la última importante é inesperada victoria. Así se hizo en todo el país con el mayor reconocimiento, sin que nadie aventajara en sincera piedad al jefe supremo. El pueblo deseando aumentar sus honores á medida de sus servicios, lo proclamó comandante imperial de todo

el Tirol. Lo rodearon edecanes y otros servidores; pero él no necesitaba guardias, porque los corazones del pueblo eran su seguridad, y los brazos del pueblo su defensa. Elevado al poder supremo sus órdenes eran respetuosamente recibidas y pronta y religiosamente obsequiadas. Y ni aun cuando estuvo investido de tan alta autoridad hubo jamás rumores que lo acusaran de un solo acto de tiranía ó de opresión. “Nunca se supo,” dice su biógrafo alemán, “que abusara del poder que se le confiaba.” Ningun enemigo declarado ú oculto, directa ni indirectamente propagó murmuraciones de descontento, ni susurró nada deshonoroso para el carácter público ó privado de Hofer. Si á ello hubiera dado el menor motivo, seguramente hubiera habido entonces, como las hay siempre, gentes dispuestas á difundir anécdotas de faltas ó de desaciertos. Que no haya habido tales anécdotas, es prueba suficiente de que en su elevación Hofer ejerció su poder rectamente y de que no gastó más pompa, ni osten-

tacion, que las que su rango hacia necesarias. ¿Puede siempre decirse otro tanto de los advenedizos que súbita é inesperadamente se ven elevados al poder y al esplendor? ¿Puede decirse de los que han nacido para los honores y para el mando?

Sin haber dado á conocer mas ambicion que la de servir y hacer bien á su país, Hofer se elevó á mucho mayor altura de la que puedan anhelar los mas ambiciosos. Pero vió, como han visto muchos grandes ántes que él, que los altos puestos tan envidiados no tienen goces y que quien tiene que regir al Estado no duerme en lecho de rosas. Su situacion era difícil en extremo; abandonado del Austria, cercado de enemigos, falto de dinero, de armas y de municiones; sobre todo esto el Tirol estaba desgarrado por intestinas discordias. Donde quiera que Hofer aparecia, todo era union y esperanza; pero en distritos á donde no se extendian sus esfuerzos, ó á donde su presencia no llevaba la anima-

cion, los naturales desesperando de la victoria solian entregarse á desórdenes ó se dejaban dominar por el desaliento. En el sur eran mas alarmantes estos síntomas de turbulencias. Al sur fué pues, á donde acudió Hofer, y estableciendo su residencia en Botzen, expidió desde allí una proclama concebida en estos términos:

“AMADOS TIROLESES DEL SUR:

“Con profundo pesar he sabido vuestros excesos. Por tanto, amados compatriotas y compañeros de armas, expido esta proclama para que las gentes pensadoras puedan hacer saber cómo deben conducirse los que ahora se estan conduciendo tan mal. Con todo mi corazon, que late por vosotros, detesto todo género de robos y depredaciones, aborezco las contribuciones y las exacciones, y estad seguro de que no perdonaré esta clase de excesos.

“Es deber de todos los valientes defensores de su patria velar por el honor y cultivar el afecto de

sus vecinos, para no incurrir en el desagrado del omnipotente que con tanta benignidad nos dispensa sus bendiciones. ¡ Queridos hermanos ¡ reflexionad quiénes combatis ! ¿ son amigos ó son enemigos ? Hemos combatido ya contra nuestros enemigos, los hemos vencido, y contra ellos seguiremos combatiendo ; pero no contra nuestros hermanos, no contra los que estan ya oprimidos. Considerad que debemos proteger y auxiliar á nuestros semejantes que no pueden llevar las armas, ni defenderse por sí mismos. ¿ Qué dirá el mundo, testigo de nuestra conducta, qué la posteridad, si no cumplimos con estos deberes ? La gloria de los tirolese se perderia para siempre.

“ ¡ Queridos compatriotas ! El mundo todo está admirado de nuestras proezas. El nombre de los tirolese se ha inmortalizado ya, y ahora solo necesitais cumplir con vuestros deberes para con Dios y vuestro prójimo, para completar una carrera comenzada tan gloriosamente.

“ ¡ Valientes compatriotas y compañeros de

armas ! Suplicad al gran Creador de todas las cosas, que con solo querer puede defender y destruir reinos, suplicadle que os guie. ¿ Quién en estos momentos deseará perturbar nuestra tranquilidad ?

“ Encargo al clero y á todos los que auxilien y protejan á nuestras tropas, y á los que de otra manera no puedan ayudarles, que prosternados imploren de Dios que bendiga nuestras empresas.

“ Advierto tambien á las corporaciones, á las aldeas y ciudades y á mis tropas en general, que considerando las irregularidades que han ocurrido á consecuencia de la conducta de los comandantes elegidos por ellos, durante la ausencia de José Morandell, á quien yo nombré ; por la presente ordeno que ningunas proclamas, órdenes ó disposiciones sean consideradas, á ménos que por él sean expedidas y firmadas. HOFER,

“ *Comandante en jefe del Tirol.*

“ Botzen, setiembre 4 de 1809.”

Es imposible dejar pasar sin comentarios esta admirable alocucion, digna de ser difundida por todas las naciones y entre las clases todas del pueblo. ¿Quién puede leerla sin experimentar la emocion que inspira la virtud? ¿Quién puede examinarla sin descubrir el mas honroso de los empeños? Un humilde labrador, rápidamente elevado al pináculo de la fama, de los honores y del poder, dejando á un lado estas deslumbrantes ventajas, se dirige á sus compatriotas en el mismo estilo de sencillez y de igualdad que emplearía si fuera todavía uno de tantos. "Amados compatriotas," "queridos hermanos," tales son los términos de la alocucion. No sabe uno qué admirar mas, si los sentimientos, ó la manera de expresarlos.

Y ¿cuáles son los preceptos que promulga? La mas pura resignacion cristiana, la benevolencia, la union, el verdadero amor fraternal y todo esto en un arranque de elocuencia viril y sencilla expresion de verdadero placer y de firmeza.

Hofer dictó las disposiciones necesarias con una prontitud y decision que aumentando el respeto que el pueblo le profesaba, le aseguró rápida y cumplida obediencia. Estrechamente adicto á la forma de gobierno establecida por el Austria, no expidió orden alguna, sino en nombre del Emperador: prueba patente de modestia y de desinterés. Impuso contribuciones para sostener la guerra, acuñó nueva moneda, dividió su ejército en destacamentos regulares; y el mejor uso que hizo de su poder fué obrar conforme á los benignos principios de la antigua administracion imperial, tan cara á los tirolese.

Las provincias distantes acudian ansiosamente á Hofer en solicitud de auxilios y consejos, y él asiduamente atendia á todas las exigencias. Dirigió á los habitantes de Salzburg una animada proclama que decidió á muchos á tomar las armas, y produjo un espíritu de union en todas las clases. Su influencia en la multitud parece en verdad no haber tenido límites, pues sus alo-

cuciones produjeron siempre el efecto que se proponia. Los patriotas á las órdenes de Speckbocher se vieron repentinamente rodeados por una division tan numerosa del enemigo, que les fué imposible combatir. Veinte de ellos con su comandante denodadamente se abrieron paso entre las tropas que los cercaban. El hijo de Speckbocher, niño que aun no llegaba á los doce años, recibió orden de su padre de mantenerse á su lado durante la refriega. Pero el espíritu patrio era tan vivo en el pecho del jóven soldado, que lo hizo no querer escaparse sin disparar un tiro. Á pesar de sus pocos años era certero tirador: se quedó un poco atras de las tropas que combatian para apuntar al general bávaro; hizo fuego y derribó á su enemigo; pero en un momento se habia separado de su padre y fué hecho prisionero. Se distinguió entre los otros prisioneros por su juventud, su belleza y su atrevido valor, y los soldados lo presentaron á su príncipe. El rey de Baviera era indigno de apreciar á su raro é in-

trépido cautivo: esperando intimidarlo y obligarlo á expresar su temor, le preguntó con aspe-
reza: "Si vuelves á verte libre, ¿matarás á otros bávaros?" "Sí," contestó el denodado mancebo, "¡y á vos entre ellos si alguna vez ós encuentro en el Tirol!"

Habiendo reunido á toda prisa nuevas tropas, volvió Speckbocher á atacar al enemigo con nuevas fuerzas; y obtuvo una completa victoria. Viendo uno de sus soldados á un oficial bávaro de alta graduacion, que intentaba escaparse pasando á nado el rio Saal, cerca del que se habia dado la batalla, se arrojó á la corriente y luchando ámbos en el agua hizo prisionero al oficial.

Mujeres de alto rango tomaron parte en las operaciones de la guerra, para librar su país, si era posible, del aborrecido yugo de Baviera. La hermosa condesa de Sternbach fué hecha prisionera, conduciendo á la carga á sus labradores. Despues fué cangeada por dos damas capturadas en un campamento del enemigo.

Hofer permaneció algun tiempo en Innsbruck, despues de haber apaciguado las disensiones de Botzen. Pero aunque no se movia, no se entregaba á la indolencia: las ventajas de las armas tirolesas en todas partes se debieron á la direccion y al auxilio de la capital, así como al conocimiento de que el mando supremo estaba en manos de un caudillo tan amado, tan popular y que á todos inspiraba la mayor confianza. Cuando los que se habian retirado del Tirol, desesperanzados de su causa, recibian noticia de las victorias, ansiaban volver á tomar parte en los peligros y en la gloria de sus afortunados hermanos. Muchos volvieron en efecto, y entre ellos Eisenstecken llevó la comision del Emperador de presentar nuevas dignidades y recompensas á Hofer.

El 4 de octubre se celebró en Innsbruck una gran fiesta en honor de Hofer; quien recibió formalmente ese dia una medalla y una corona de oro que le fueron enviadas de Viena. La cere-

monia se celebró en la iglesia principal, al pié de la tumba de Maximiliano. El abad de Wiltan bendijo y colocó la prenda del favor del soberano en el pecho del caudillo montañes, mientras la multitud aplaudiendo alborozada declaraba muy bien merecida esta recompensa. Siguió un dia entero de festejos y de regocijo, ay! no habia ya de haber otro semejante en la vida de Hofer.

Pero ántes de pasar del esplendor de la felicidad á las sombras de la adversidad, no dejemos de recordar la embajada que por entónces se envió á la Gran Bretaña. Müller y Schaner fueron mandados como comisionados de los tiroleses á implorar el auxilio de la Inglaterra. Esta embajada fué honrosísima para aquellos á quienes iba dirigida. Demostraba cuan exactamente la Europa estimaba su carácter y apreciaba su intervencion; demostraba que todos sabian que los ingleses amaban la libertad y estaban dispuestos á protegerla. Pero cuando se conferenció con los comisionados sobre los auxi-

lios que habian de mandarse, se descubrió que esta parte de la negociacion no era fácil, no era posible. Podia proporcionarse dinero en abundancia ; pero el dinero era de escaso valor. Armas y municiones eran los auxilios deseados, pero ¿cómo transportarlas á un país tan remoto y tan estrechamente circundado de enemigos? Fácil es imaginar el pesar sincero con que los ingleses verian su imposibilidad para proteger una causa tan cara y tan simpática para ellos.

Privado Hofer de auxilio extraño, pero sin desesperar por esto del resultado, con nuevo vigor fijó sus miras en sus recursos interiores. Se consagró con toda su alma á aprovecharse de todas las ventajas y á valerse de cuantos medios se le presentasen. Ardiente, activo, vigilante, fé inspiraban sus miradas, y esperanza sus palabras. Así alentaba y fortalecia á los que lo rodeaban, y exaltando su indomable espíritu con esperanzas en el porvenir, fundadas en los triunfos pasados, cuando se le anunció un mensajero del Austria.

Hofer habia escrito al Emperador pidiéndole socorro, y creyendo que el mensajero fuese precursor de los auxilios, lo recibió con ansiedad. El correo le presentó un papel firmado de la mano imperial. Hofer lo tomó ávidamente, lo comenzó á leer con vehemente curiosidad ; pero palideció y se sintió con vértigo al encontrarse con este breve y frio mandato :

“ ¡ TIROLESES !

“ Deseo que permanezcais tranquilos. Me he visto obligado á hacer la paz, en parte por las disensiones de mis hermanos y en parte porque la Rusia se ha declarado en mi contra.

“ FRANCISCO.”

¡ Y esto era todo ! ni una palabra de aprobacion para tantos años de sin igual fidelidad—esto podia sufrirse—ni un vislumbre de esperanza de futuros auxilios ; esto tambien podia suportarse, porque el Tirol podia defenderse. Pero

ordenar tan friamente que cesara la lucha por la libertad—mandar que se renunciara á la esperanza de ser libres—¿podia esto tolerarse? ¿podia esto sobrellevarse con paciencia?

¿Puede pintarse con palabras la agonía del alma de Hofer, la loca desesperacion de momento tan terrible? Vió en un instante la espantosa verdad: vendida, traicionada, cedida á la Francia, esclavizada á la Baviera, su amada patria abandonada, su libertad perdida.

Cada nuevo correo confirmaba el terrible acontecimiento: las tropas francesas iban á tomar posesion del Tirol en nombre de Baviera. Como jefe de aquel país vendido, Hofer fué el primero en recibir la orden de renunciar á ultteriores esfuerzos y de someterse á la dominacion extranjera. Fácil era renunciar á la pompa y á la autoridad del mando: Hofer las dejaba tan sencillamente como las habia aceptado. Pero lo que no podia, era cesar de combatir por la libertad y someterse al yugo de los bávaros. Su

corazon se llenaba de insoportable congoja á la sola idea de tener que obrar así. Pero solo, abandonado, ¿qué podia hacer? El pueblo se iba retirando por todas partes, obedeciendo las órdenes de su antiguo soberano, ó cediendo á la desesperacion.

El país se vió inundado de proclamas del general frances, y Hofer vió que por entónces no quedaba esperanza para su causa. Su ánimo generoso desechó la idea de continuar una guerra en que habia de prodigarse en vano la mas noble sangre del Tirol. Despues de haber procurado descubrir empeñosamente la menor probabilidad de buen éxito, y despues de encontrar que todo confirmaba la desesperada situacion de su patria, tuvo que cumplir con el mas triste de sus deberes.

Publicó el informe que habia recibido, instruyó á sus compatriotas de las órdenes del Emperador y los exhortó á obedecerlas. Tranquilamente abandonó el mando supremo y pidió á los